

ASPECTOS PSICOSOCIALES DE LOS ADOLESCENTES

Juan Montañés Rodríguez

Lección final del curso en el acto de entrega de diplomas a la II Promoción de Maestros del Plan 92. Paraninfo Universitario del Campus Universitario de Albacete (30 Mayo 1996)

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades
Profesores, alumnos y personal de administración y servicios de la UCLM
Señoras y señores:

HE sido invitado para impartir la lección de clausura del curso 1995-96 de la Escuela Universitaria de Magisterio de Albacete, que para la II promoción de maestros del Plan 92 va a constituir su última lección, antes de que dejen de ser alumnos y se les entregue el título que les acredita como profesores de las distintas especialidades que han cursado. Enhorabuena a vosotros y a vuestros padres por la finalización de la carrera. Ahora todavía os tengo que llamar alumnos, pero dentro de unos momentos seréis nuestros compañeros de profesión. Espero que sepáis olvidar las molestias que os hayamos causado y os quedéis al final con un agradable recuerdo de vuestro paso por la Universidad, y en concreto por esta Escuela. Que esta lección no sea una despedida, sino más bien el inicio de una nueva forma de relación, cooperación y enriquecimiento mutuo entre vosotros, ya profesores, y la Escuela Universitaria de Magisterio de Albacete. La Escuela de Magisterio os puede ofrecer a partir de ahora formación permanente, y vosotros, en el futuro, con vuestras manos llenas de tiza y vuestros oídos embotados por los gritos de una clase llena de niños, podéis introducir en esta Escuela de Magisterio ideas, vivencias y experiencias, fruto de vuestra práctica diaria.

La invitación que he recibido para ser el profesor de vuestro último día de vida académica es un honor que tengo que agradecer a la dirección de la Escuela. Pero es también una oportunidad que me va a permitir solucionar una pequeña deuda que tengo con vosotros, y vosotros y yo con la Universidad. Me explico: En la asignatura troncal Psicología de la Educación y del Desarrollo en Edad Escolar, que os di en 1º, por razones que no recuerdo bien, el último tema sobre la adolescencia

no hubo tiempo de impartirlo, con lo cual, ni yo cumplí el programa en su totalidad, ni vosotros os examinasteis del programa completo. Es un riesgo que saque ahora este secreto a la luz, pero espero que nadie tome represalias sobre nosotros, ni sobre vuestro título, ni sobre mi sueldo. De todas las formas, ahora tenemos la oportunidad, vosotros y yo, de dejar limpio nuestro expediente con la lección que voy a impartir. Procuraré no alargarme demasiado. Y en todo caso, os agradezco a vosotros y les agradezco a todos ustedes de antemano la paciencia por escucharme.

La lección de hoy la he titulado Aspectos Psicosociales de los Adolescentes.

La Psicología evolutiva tiene como objetivo el estudio de los cambios de conducta a lo largo del ciclo de la vida. Dentro de lo que es el transcurso completo de la vida del hombre, la adolescencia ocupa un período de tiempo, cada vez más amplio, entre la infancia y la madurez. Se inicia con la pubertad y termina en el momento en el que al sujeto se le considera maduro o adulto.

El inicio de la adolescencia varía de unas sociedades a otras, y de unas épocas a otras. A lo largo de la historia, probablemente debido a factores nutritivos, sanitarios y de mejoras sociales, se ha producido, dentro de los límites de la herencia humana, una aceleración en la entrada a la pubertad, de forma que cada vez se inicia a edades más tempranas y, por tanto, cada vez es menor el tiempo de la infancia. Por otra parte, el final de la adolescencia se retrasa cada día más debido a que está muy relacionado con la declaración legal de la mayoría de edad, con las posibilidades de independencia familiar, con el acceso al trabajo, con la finalización de los estudios y otras circunstancias de índole psicológica, social y política. De esta situación se deducen dos consecuencias: 1) La adolescencia ocupa un período cada vez más amplio de la vida del hombre; 2) La adolescencia se caracteriza por una falta de sincronización entre madurez biológica y social (Montañés, Blanc y Soriano, 1995).

- a) Respecto a la primera consecuencia, hay que señalar que en la actualidad se hace especial mención a la importancia de los factores históricos para conocer la naturaleza de la adolescencia. Para muchos autores, la adolescencia es un fenómeno reciente que tiene su origen en el mundo occidental e industrializado. La adolescencia no pertenece al curso natural de la existencia, sino que es un concepto inventado en nuestro siglo, una construcción social (Lutte, 1991). Todavía en el s. XIX se pasaba directamente desde la infancia a la adultez, y la adolescencia prácticamente no existía; después, las necesidades de educación y formación, exigidas por la sociedad, han ido creando el concepto de adolescencia como paso previo y preparatorio para la integración del

individuo en el mundo adulto. Como el tiempo de preparación y formación cada vez es mayor, y al mundo laboral cada vez se accede más tarde, el número de años que constituyen la transición entre la niñez y la adultez es cada vez mayor. Al mismo tiempo, el número de sujetos incluidos dentro de este período es creciente, lo mismo que el recelo y la preocupación que la sociedad manifiesta ante ellos y por ellos.

- b) La segunda consecuencia hace referencia a que la adolescencia cada vez propicia una menor coincidencia cronológica entre la madurez biológica, definida por la aparición de la sexualidad, y la madurez social, definida por la adquisición de los roles del adulto y la aceptación en la sociedad adulta. Esto sin duda genera múltiples tensiones y represiones. Para unos (Erikson, 1980) esta falta de coincidencia da lugar a una moratoria social necesaria para que el joven se prepare para ser adulto. Para otros (Lutte, 1991), sin embargo, es falso que esta moratoria, que impide al adolescente entrar en el mundo de los adultos, le prepare para serlo: lo único que le prepararía sería la participación en el mundo de los adultos desde el primer momento y esto se le niega.

La Psicología evolutiva, como he señalado al principio, estudia las distintas etapas evolutivas por las que va pasando el hombre desde su nacimiento hasta el final de sus días. Cada una de las etapas evolutivas está distorsionada por un tópico: La infancia por la idea de que lo que ocurre en esos años determina de forma irreversible todo el desarrollo posterior del individuo; la edad adulta ha sido sinónimo de estabilidad y ausencia de cambios; la vejez se ha asociado al deterioro físico y cognitivo y a la falta de diferenciación entre los individuos, de forma que a todos los ancianos se les ha incluido dentro del mismo cesto y se ha hablado de ellos en términos de involución o de marcha atrás en el desarrollo. La verdad es que ninguno de estos tópicos es totalmente cierto. Son tópicos que se encuentran en la calle y en la ciencia psicológica, sin que se sepa muy bien en qué dirección habría que establecer la causalidad. Lo que sí se sabe es que estos tópicos no responden a hechos científicamente comprobados. Son falsos, y además injustos para los individuos de una determinada edad, a los que a la fuerza se les quiere encorsetar dentro de un modelo inexistente.

Respecto a la adolescencia hay que señalar en este sentido que; en la Psicología Evolutiva y en la calle, han predominado fundamentalmente dos conceptos o modelos de adolescencia. Uno positivo: la adolescencia como culminación del desarrollo; y otro negativo: la adolescencia como etapa de crisis y conflictos.

A) Respecto al primer concepto hay que decir que la Psicología clásica, y en este caso me refiero en concreto a la Escuela de Ginebra y

la Escuela Psicoanalítica, desde supuestos teóricos distintos, han establecido un estrecho isomorfismo entre el desarrollo físico y el psicológico, de forma que si el desarrollo corporal pasa por una fase de crecimiento hasta la adolescencia, otra de estabilidad en la etapa adulta y una última de declive en la vejez; el desarrollo psicológico debe seguir idéntico patrón evolutivo. De acuerdo con este modelo, si la adolescencia supone la plenitud del desarrollo físico, también debe ser la cima del desarrollo cognitivo, social y afectivo. No es de extrañar que este principio, dado a luz por dos grandes autoridades de la Psicología Evolutiva clásica, Piaget y Freud, haya calado profundamente en la psicología y en la sociedad en general. Así, durante años, la Psicología evolutiva se ha identificado con la Psicología infantil, ya que la psicología evolutiva describe y explica el desarrollo humano, y este desarrollo se entendía que sólo se daba durante la infancia. Por tanto, la psicología evolutiva es la psicología del niño, y la adolescencia la culminación del desarrollo. En consecuencia se considera que no hay diferencias cualitativas entre el adolescente y el adulto: el adolescente alcanza el pensamiento formal (Piaget), la madurez sexual (Freud), y la moral convencional (Kohlberg), que son capacidades ya propias de los adultos. Esta situación ha llevado a una imagen idílica de la juventud, que, de una u otra forma, todos parece que añoramos. La juventud representa la plenitud física, mental y afectiva del hombre, que el niño tiene como meta y el adulto se niega a perder.

Para el modelo piagetiano, por ejemplo, la adquisición del pensamiento formal supone que el adolescente no sólo es capaz de pensar cosas concretas, sino también cosas posibles y además de forma abstracta. Esto le permite:

- Ver la realidad como una parte de lo que puede ser, de forma que no se resigna con lo que hay en ningún concepto de la vida, y lucha por cambiar las cosas en función de sus ideales o de valores de tipo ecológico, deportivo, altruista, empático, de salud, de solidaridad, o de justicia.
- Mostrar un mayor interés por cuestiones teóricas de tipo filosófico, religioso, político, social, estético o literario. El joven le concede un enorme poder a la reflexión, y una fuerza ilimitada a las ideas para transformar el mundo y el futuro.
- Adquirir una mentalidad científica que le ayuda a entender la naturaleza de las leyes científicas y los conceptos de probabilidad y de generalidad. A elaborar y verificar sistemáticamente hipótesis. Y a tener en cuenta todos los factores posibles, o todas las combinaciones de factores posibles, en un problema.

Este planteamiento de desarrollo pleno durante la adolescencia no es exclusivo del ámbito cognitivo, también es exportable a otros terrenos como el desarrollo social. El desarrollo moral, por ejemplo, conce-

bido como una parte del desarrollo social, se caracteriza en esta edad por una moral autónoma y convencional basada en las relaciones sociales entre iguales, en el pacto social y en el mutuo respeto, y en normas y valores interiorizados acerca de la dignidad, los derechos y la igualdad de todos (Eisenberg, 1982, Kohlberg, 1982).

Nos encontramos así con una imagen tópica del adolescente idealista, altruista, generoso (Fierro, 1990), inteligente y lleno de vitalidad, salud y fuerza física, que de alguna forma se convierte en el modelo de la sociedad moderna. En este sentido se afirma que «nunca la juventud había tenido un protagonismo como el actual en una sociedad que exalta, envidia y potencia lo joven hasta límites insospechados» (El País Semanal, 5-5-1996).

B) Sin embargo, las conquistas cognitivas, morales y físicas alcanzadas por los jóvenes, que son en ocasiones el modelo añorado por la sociedad adulta, en algunos casos, o en muchos casos, se convierten en una amenaza para la sociedad y para el mismo joven, cuando el idealismo y los valores recién descubiertos por el joven le conducen al radicalismo, a la crítica injusta, a exigir excesivamente a los demás y a sí mismo; cuando el desencanto de la familia o de la sociedad, donde esos valores no se hacen realidad, le lleva a pasar de esas instituciones.

Por eso a la imagen tópica, optimista, hay que añadir la imagen no menos tópica del adolescente inadaptado, transgresor, y fuente de problemas para él mismo, para su familia, para el colegio y para la sociedad en general. La familia se queja en muchas ocasiones del joven y añora los tiempos cuando ese adolescente todavía era niño y podía ser controlado con cierta facilidad. Los profesores confiesan que la tranquilidad que se respira en clase en los primeros años de escolaridad, no tiene nada que ver con las tensiones y conflictos que se originan en clase cuando los alumnos llegan a ciertas edades. La sociedad adulta vive de espaldas al joven, al que no entiende y al que prejuzga en muchas ocasiones negativamente. El propio joven no es capaz de digerir la gran cantidad de transformaciones que sufren su cuerpo y su mente, y su comportamiento oscila entre la autocomplacencia y la angustia. En sintonía con lo que estoy diciendo, nos encontramos con que la mayoría de los autores, que han escrito sobre la adolescencia (Debesse, Hurlock, Coleman, Pépin y otros) definen a este período como una etapa de transición, inestabilidad, crisis, contradicción, inmadurez, inseguridad, inadaptación, frustraciones... y un largo etc. Una etapa de grandes conflictos y tensiones que lo mejor es que pase cuanto antes. Al respecto, oí a un compañero hacer poco decir jocosamente que la juventud es el único defecto que se pasa con la edad.

Todo lo que acabo de señalar, no es nada más que otro tópico, y como tal, injusto para el conjunto de la población juvenil. Es una visión desautorizada en psicología, aunque todavía existan autores que

se dejen arrastrar por la inercia en la forma de definir la adolescencia. Es cierto que la adolescencia, como toda transición, supone años de crisis, falta de identidad e inestabilidad para algunos, pero también lo es que la mayoría de los jóvenes utilizan estos años para completar su desarrollo y para preparar el desempeño de futuros roles sociales con una gran normalidad.

En la actualidad diversos enfoques psicológicos, cada uno desde su perspectiva, están contribuyendo a una revisión de los conocimientos sobre la adolescencia. Ni se pueden hacer generalizaciones, positivas o negativas, que después son injustas para la mayoría de los individuos; ni se puede considerar a la adolescencia como la culminación del desarrollo humano. El enfoque del ciclo vital nos ha enseñado que el desarrollo humano depende de factores normativos relacionados con la edad, de factores normativos relacionados con la historia y de factores no-normativos. Por tanto, un adolescente de un momento dado, como el nuestro, tiene los comportamientos propios de su edad; pero al mismo tiempo tiene los comportamientos propios de la generación a la que pertenece, que son diferentes a los de generaciones tanto pasadas como venideras, y, además, tiene comportamientos propios, individuales y diferentes a los de otros jóvenes, en función de su personalidad, entorno y propia historia. Según el enfoque del ciclo vital, los comportamientos de los jóvenes se explican menos por la edad, ya que la importancia sobre el desarrollo de los factores normativos relacionados con la edad decrece durante la infancia y sólo vuelve a ser importante en la vejez, y se explican mucho más por razones de tipo histórico y por razones de historia individual, debido a que la importancia de los factores generacionales crece durante la adolescencia, lo mismo que la importancia de los factores no-normativos (Baltes, Reese y Nesselroade, 1981). En consecuencia, los jóvenes de cada generación son distintos; y los jóvenes de una misma generación son diferentes entre sí. Desde esta perspectiva las generalizaciones que conllevan los tópicos antes señalados no se sostienen ni teórica, ni experimentalmente.

Otra perspectiva psicológica actual, como es el enfoque del procesamiento de la información, ha contribuido a revisar el concepto de adolescencia. La adolescencia no se considera ya la culminación del desarrollo cognitivo, como decía la psicología clásica, sino una etapa más de este desarrollo. Sternberg (1994), una de las grandes autoridades de este enfoque, sugiere que las estructuras cognitivas de los adultos continúan evolucionando después de la adolescencia. Habla, por ejemplo, de que durante la adulted y la vejez probablemente se dé una nueva forma de inteligencia postformal o sabiduría, que se caracteriza por la capacidad de resolver problemas mal definidos y estructurados, como los sociales; por la capacidad de reconocer la incertidumbre y la relatividad del saber humano; o por saber formular los problemas. Capacidades cognitivas que están más desarrolladas en los adultos que en

los jóvenes. En este mismo sentido, Horn y Donalson (1976) afirman que en la descripción del desarrollo cognitivo no se puede hablar de inteligencia en singular, sino que hay que distinguir dos tipos de inteligencia: la fluida y la cristalizada: La inteligencia fluida, relacionada con la velocidad motora, de procesamiento y de respuesta, que está poco condicionada por el contexto cultural y mucho por la herencia biológica, estaría cerca del concepto de inteligencia clásica que aumenta hasta la adolescencia y durante la edad adulta disminuye lentamente. La inteligencia cristalizada, por el contrario, relacionada con el razonamiento verbal, la comprensión, la percepción espacial, la memoria a largo plazo y la resolución de problemas cotidianos, y que se adquiere mediante la educación formal, el aprendizaje intencional y la experiencia cultural diaria, aumenta a lo largo de toda la vida. De forma que la adolescencia no es la culminación del desarrollo de la inteligencia cristalizada, y un adulto puede obtener puntuaciones más altas que un adolescente en este tipo de inteligencia.

Lo mismo pasa con la memoria. No es cierto que su desarrollo termine con la adolescencia. En un envejecimiento normal, la memoria sensorial, y la memoria a corto plazo apenas si se ven negativamente influenciadas con la edad, al menos en determinadas circunstancias. En cuanto a los distintos tipos de memoria a largo plazo, la memoria episódica y explícita sí parecen estar condicionadas por la edad, mientras que la memoria semántica, procedimental, implícita y de reconocimiento permanecen constantes o con deterioros mínimos.

En consecuencia, las investigaciones actuales apuntan a que el desarrollo cognitivo (inteligencia, memoria...) no culmina en la adolescencia, sino que continúa a lo largo de la vida del individuo. La adolescencia no es nada más que un paso más del desarrollo dentro del ciclo vital. Es más, incluso algunos afirman que no todos los adolescentes alcanzan el pensamiento formal. Este tipo de pensamiento deja de ser una propiedad universal de la juventud y se convierte en una capacidad que algunos desarrollan en función de su educación, experiencia o familiaridad con un tema.

Hasta el momento he intentado desmontar ciertos tópicos que se ciernen sobre la adolescencia a partir de los nuevos planteamientos psicosociológicos sobre esta edad. Quiero referirme, ahora, en la segunda parte de esta lección, a un tipo concreto de comportamiento juvenil. A las conductas desviadas, problemáticas y, a veces, delictivas, con las que en ocasiones se identifica a los jóvenes.

La adolescencia es una etapa de cambios cognitivos, sociales y emocionales, a los que la mayoría de los jóvenes se adaptan de una forma más o menos satisfactoria, pero también es una etapa de riesgo respecto a comportamientos como el consumo de alcohol o de drogas, la violencia contra el mobiliario municipal o contra las personas, u

otros comportamientos, y, por tanto, fuente de preocupación para la sociedad.

En realidad son pocos los que realizan actos delictivos, antisociales o problemáticos, pero con frecuencia se define a toda la juventud por los actos de unos pocos. Volvemos otra vez a los tópicos.

La mayoría de los jóvenes tienen comportamientos normales y socialmente adaptados, comportamientos que por su propia normalidad no destacan y que, en consecuencia, son difíciles de percibir por la sociedad. Sin embargo, existen otros comportamientos, unos más que otros, que producen alarma social, los medios de comunicación se hacen eco de ellos y la sociedad en general los conoce, se preocupa por ellos, y, en algunos casos, se aterroriza ante ellos. No es difícil entonces que exista una cierta tendencia a definir los comportamientos de la juventud más por los segundos, que son más evidentes aunque los realicen sólo unos pocos, que por los primeros que precisamente porque son propios de la mayoría pasan desapercibidos. Aparecen entonces generalizaciones injustas respecto a los jóvenes y se identifica, sin ninguna base objetiva, la adolescencia con el gamberrismo, la superficialidad o la falta de identidad de sólo unos pocos.

El Departamento de Psicología, junto con el de Ciencia Jurídica (Área de Penal) y el Master de Criminología, se han preocupado por este tema y han investigado durante los últimos años precisamente algunos de los comportamientos problemáticos que tienen los jóvenes castellano manchegos y que son fuente de preocupación y a veces de rechazo del entorno social. El cuestionario se ha pasado en las cinco capitales de provincia de Castilla-La Mancha, más Puertollano y Talavera. Voy a presentar a continuación algunos de los resultados, a los que hemos llegado, y que creo que retratan objetivamente una parte de lo que es la realidad de los jóvenes de nuestro entorno (Rechea, Barberet, Montañés y Arroyo, 1995a; Montañés, Rechea y Barberet, 1996). Para no agobiarles, no voy hacer mención aquí de los aspectos metodológicos de esta investigación.

De acuerdo a lo que confiesan los 1149 jóvenes de 14 a 21 años consultados, el orden de prevalencia de las 33 conductas estudiadas, y que han sido realizadas durante el último año, es el siguiente:

En primer lugar y de forma muy destacada se encuentra el consumo de alcohol, que lo realiza casi un 80% de los jóvenes. Después, a gran distancia, aparecen en segundo lugar conducir sin permiso o fugarse de casa con un 20%. A continuación, entre un 15% y un 16% dicen haber participado en riñas, en actos vandálicos, o han consumido drogas blandas. Entre un 5% y un 9% confiesan hacer pintadas, viajar sin pagar o robar en una tienda. El resto de conductas, hasta 33, están por debajo del 5% y en la mayoría de los casos no las realizan más del 1% o el 2%.

Estas conductas en todos los casos son realizadas mucho más por los chicos que por las chicas. El chico aparece, por tanto, más propenso que la chica a desarrollar las diversas conductas estudiadas, aunque se observa una tendencia, propia del tiempo en el que vivimos, a que estas diferencias cada vez sean menores.

En todas las conductas se observa que con la edad disminuye el número de jóvenes que las realiza, excepto en algunos casos como el consumo de drogas y de alcohol, que aumentan con la edad. La disminución de las tasas de prevalencia en la mayoría de los casos con la edad nos indica, por un lado, una mayor adaptación y socialización de los sujetos conforme se hacen mayores; por otro lado, que no es cierto el mito de que el adolescente que se inicia en la conducta antisocial o delictiva seguirá después por ese camino. Es, sin embargo, enormemente preocupante cómo se incrementa el consumo de drogas y el consumo de alcohol con la edad.

En la mayoría de las conductas, excepto en el consumo de drogas, los índices de prevalencia más altos se dan siempre en los jóvenes de estatus socioeconómico alto y medio alto y con un nivel de estudios alto, lo cual significa una nueva visión del panorama predelictivo, delictivo o meramente conflictivo de los jóvenes, que está apoyada por otros estudios sobre la etiología de la delincuencia juvenil (Hirschi, 1969; Tittle, Villemez y Smith, 1978). Estos datos rompen el mito de que la conducta antisocial y delictiva es una característica de las capas bajas de la sociedad o de los adolescentes con un bajo nivel de estudios.

Existe también la creencia de que las conductas antisociales y delictivas son propias de los habitantes de las zonas conflictivas de nuestras ciudades. Nuestros resultados, sin embargo, no confirman esta creencia. Si comparamos la muestra considerada normal con una muestra extraída de las zonas más problemáticas de cada una de las ciudades estudiadas, nos encontramos con que no existen diferencias significativas entre los jóvenes de ambas muestras. Incluso, si se comparan los totales, resulta que la prevalencia total de conducta delictiva durante el último año es significativamente más baja en las zonas problemáticas.

Para no abusar excesivamente de su paciencia y de su tiempo, me voy a detener a continuación sólo en algunos resultados sobre ciertas conductas juveniles: consumo de alcohol, consumo de drogas, robo y vandalismo. Hemos estudiado otras muchas conductas, pero las que he señalado pueden servir de ejemplo para conocer un poco mejor a los jóvenes de nuestro entorno. Con ello terminaré mi exposición.

ALCOHOL

De las 33 conductas juveniles estudiadas hay una que sobresale estadísticamente sobre las demás: el consumo de alcohol. El 8,4% de los

jóvenes confiesan que lo han probado alguna vez, y el 79,8% que lo han consumido en el último año. Se puede pensar que, en una cultura como la nuestra, es fácil probar el alcohol en ciertas celebraciones familiares y de amistades. El problema es que el joven no sólo bebe en ciertos acontecimientos puntuales, sino que muchas veces, en el 56,5% de los casos, lo hace con frecuencia o habitualmente. El acto de beber se ha asociado de tal forma con la diversión que el adolescente se ha convertido en un consumidor habitual de alcohol durante los fines de semana. Además las diferencias sexuales, que en otros tiempos pudo haber, han desaparecido. Ya no es un comportamiento típicamente masculino, sino que se ha generado una verdadera cultura del alcohol tanto en los chicos (83,8%) como en las chicas (75,9%). Un comportamiento que de forma preocupante aparece cada vez a edades más tempranas de forma que a los 14 años son ya el 55% de jóvenes los que confiesan que toman alcohol, y a partir de los 16 años se llega al 87,4%.

En la memoria de 1994 del Plan Nacional sobre Drogas se observa en general una tendencia descendente en el consumo de alcohol en España. Pero el mismo informe reconoce que el consumo de alcohol continúa bastante extendido entre la población juvenil, de forma que el 78,5% de los jóvenes de 14 a 18 años confiesan haber consumido alcohol durante el mes anterior a la entrevista, y en el 24% ese consumo ha dado lugar a episodios de embriaguez. Datos muy parecidos a los obtenidos por nosotros.

El consumo de alcohol para los jóvenes es fundamentalmente un acto social. En muchas ocasiones pertenecer al grupo exige consumir alcohol. De hecho los jóvenes confiesan que no suelen beber solos, sino en grupos por término medio de 6 ó 7 individuos. La tendencia a consumir alcohol en grupo, igual que a consumir drogas o realizar actos vandálicos contra el mobiliario público ... etc. en grupo, nos confirma la importancia del grupo en muchos de los comportamientos juveniles, y corrobora la tesis que afirma que la inadecuada socialización debilita los vínculos del joven con los grupos convencionales de la sociedad, como pueden ser la familia, la escuela o el trabajo, y le induce a crear vínculos con grupos no convencionales o desviados, donde el joven puede encontrar reforzada su conducta desviada (Elliot, Huizinga y Morse, 1986). La vinculación con grupos que beben, que rompen cosas, o que son delincuentes, sería, por tanto, una variable, entre otras, directamente relacionada con el alcoholismo o con la conducta delictiva, debido a la influencia que los grupos de iguales tiene sobre el joven durante la adolescencia.

En cuanto a las preferencias y gustos se confirma que el vino, un producto de nuestro entorno, ocupa el último lugar de la lista de bebidas que consumen. El primero lo ocupa la cerveza.

DROGAS

En comparación con el consumo de alcohol, el consumo de drogas blandas ocupa el sexto lugar en el orden de prevalencia de las conductas estudiadas con un 15,4% de jóvenes que dicen haber tomado este tipo de drogas en el último año. El consumo de drogas duras ocupa el decimoquinto lugar con un 2,8%. Sin restarle importancia y gravedad a estos porcentajes, es curioso cómo la alarma social, que provocan, es mucho mayor y no comparable con la provocada por el consumo de alcohol. Nuestra sociedad ha asimilado el consumo de alcohol como algo normal dentro de nuestro contexto cultural, sin que el alcoholismo en el que se puede degenerar, ni las riñas o los múltiples accidentes de circulación de los fines de semana asociados al alcohol, hayan generado una preocupación similar a la provocada por el consumo de drogas. Los propios jóvenes se muestran mucho más preocupados ante el consumo de drogas que ante el consumo de alcohol (Memoria de 1994 del Plan Nacional sobre Drogas). Las conductas percibidas por el joven como más peligrosas son el consumo habitual de heroína o de cocaína. En general asocian el riesgo de consumir drogas ilegales a la frecuencia del consumo, no al tipo de drogas.

La alarma social que provoca el consumo de drogas en ocasiones es un miedo a lo desconocido, a lo que creemos los adultos que los jóvenes pueden hacer al respecto, ya que desconocemos lo que realmente hacen. No son muchos los que consumen drogas, pero todavía son muchos menos de los que se tiene noticias que las consumen: Del 15,4% de jóvenes que dicen consumir drogas blandas sólo el 2% confiesa que se ha enterado de ello sus padres o profesores y ninguno ha tenido problemas con la policía. En el caso del 2,8% que consume drogas duras, ningún se ha sentido controlado ni por la policía ni por la familia, es decir, con toda probabilidad no han sido descubiertos ni por unos ni por otros. El desconocimiento que la familia y la sociedad tienen sobre este consumo puede provocar que vivamos una situación irreal al respecto: Por un lado, una sensación de angustia ocasionada por la creencia de que posiblemente haya más consumo del que realmente hay; y por otro, una sensación de tranquilidad de que los adolescentes que nosotros conocemos no la consumen. Los datos que ofrece nuestra investigación ayudan a saber que ni una ni otra actitud son las más objetivas.

El consumo de drogas, al igual que el del alcohol, está muy relacionado con el grupo al que se pertenece. Es un consumo que se hace habitualmente en grupos de 4 ó 5 individuos por término medio.

La edad de iniciación es superior a la del alcohol: Casi los 16 años para las drogas blandas y los 17 años para las duras. Y mientras que la prevalencia de la mayoría de las conductas estudiadas desciende conforme el sujeto tiene más edad, como si el mayor desarrollo del sujeto

supusiese una mayor adaptación a los comportamientos socialmente admitidos, en el caso de la droga, se observa un incremento constante e importante del consumo conforme los individuos son mayores desde los 14 a 21 años.

Por último se puede señalar que el consumo de drogas blandas y duras es superior entre los chicos que entre las chicas.

ROBOS

Apoderarse de lo ajeno es una conducta muy poco común en la población juvenil. Sólo destaca la cifra de un 5,7% y de un 3,9% de jóvenes que han sustraído algo durante el último año de una tienda o de su propia casa respectivamente. Otros tipos de robo, como el de cabinas telefónicas, el robo de bicis, motos o coches, o el tirón del bolso, no llegan en ningún caso al 1%.

En todos los casos las transgresiones contra la propiedad son más propias de los chicos que de las chicas, salvo cuando se trata de sustraer cosas o dinero del propio domicilio, en cuyo caso se equiparan los porcentajes (Chicos 4,0%; chicas 3,8%). El mayor número de robos se da entre los 14-17 años (20%) y desciende a partir de este momento hasta los 21 años (14%).

Al contrario de lo que muchas veces se cree en la sociedad, los mayores porcentajes de transgresiones contra la propiedad se concentran en los jóvenes con un estatus socioeconómico alto (44,9%). En el resto de niveles socioeconómicos (medio-alto, medio, medio-bajo y bajo) en ningún caso se sobrepasa el 20%.

Estudiar, trabajar o estar parado no son circunstancias que establezcan diferencias entre los jóvenes respecto a este tipo de comportamiento.

Por otra parte, en el estudio se observa que el robo es una conducta fundamentalmente individual. Sólo en el caso de robar bicis, motos o cabinas telefónicas normalmente son al menos dos individuos quien lo hacen.

VANDALISMO Y VIOLENCIA

Los comportamientos vandálicos como la ruptura de mobiliario municipal (papeletras, señales, parques, bancos) y las pintadas, que afean las fachadas de las ciudades, se han relacionado siempre con comportamientos específicamente juveniles. En el estudio realizado se observa que el vandalismo ocupa el quinto lugar entre las conductas más realizadas por los jóvenes (16%) en el último año, y las pintadas el octavo(8,4%). Son porcentajes preocupantes, pero que en ningún

caso permiten identificar al joven en general con el vandalismo. Más del 90% de los jóvenes, por ejemplo, no ha realizado en el último año una pintada, y más del 75% no lo ha hecho nunca. Este problema que conlleva un enorme gasto de las arcas municipales se reparte por igual entre chicos y chicas en el caso de las pintadas. Los actos vandálicos, por el contrario, son propios de los chicos.

Pintadas y vandalismo se dan más en los primeros años, y prácticamente desaparecen a los 18 años en el caso de las pintadas y a los 21 años en el caso del vandalismo. Probablemente en estas últimas edades el vandalismo y las pintadas estén relacionadas con ciertas tribus urbanas, aunque en esta investigación no tenemos datos concretos sobre ello.

La violencia juvenil contra las personas está siendo últimamente un tema de enorme preocupación social debido a las noticias que de diferentes puntos del mundo llegan acerca de las agresiones que los adolescentes sufren de otros adolescentes. Nosotros hemos comprobado que la violencia contra las personas alcanza un preocupante 21,4%. Y que el 16,2% de los jóvenes han participado en riñas. En estas riñas el alcohol y el grupo pueden formar una combinación letal, como se leía no hace muchos días en un editorial (*El País*, 17-5-96), con motivo de la muerte de un joven a manos de un grupo de jóvenes. El grupo vuelve otra vez a convertirse para un determinado tipo de jóvenes en el marco de referencia que les da identidad y seguridad ante el vacío que sienten como individuos.

CONCLUSIONES

- 1º. La adolescencia no es la culminación del desarrollo humano, sino una etapa más del ciclo vital. En consecuencia, las posibilidades de desarrollo del hombre se mantienen en todas las etapas, incluso durante la vejez, lo cual no deja de ser un estímulo para la mayoría de los que estamos aquí y que ya hemos pasado sobradamente esa etapa.
- 2º. La adolescencia es la etapa del desarrollo humano más condicionada por factores históricos, sociales y culturales, y menos condicionada por la edad. De forma que cada sociedad tiene la juventud que ella misma ha generado y propiciado. Y esa es su responsabilidad.
- 3º. Del concepto de adolescencia hay que desterrar tópicos que con excesiva frecuencia y falta de rigor se han empleado tanto por la psicología como la sociedad en general para referirse a este período de la vida. Las investigaciones actuales, amparadas por nuevos planteamientos teóricos, no aportan datos que confirmen esos tópicos. En este sentido hay que hacer un es-

fuerzo por respetar las características individuales de cada joven. Toda generalización es injusta con la mayoría de los sujetos que se incluyen dentro de ella.

- 4º. En ningún caso se puede identificar adolescencia con conflictividad, gamberrismo o delincuencia. Es cierto que durante la adolescencia aumenta sustancialmente la cantidad y variedad de conductas problemáticas y antisociales, pero salvo en el caso del consumo de alcohol, donde las cifras son muy preocupantes, y en algunas otras conductas, la mayoría de las que nosotros hemos estudiado, ni revisten una especial gravedad social, ni se realizan en porcentajes superiores al 5%. O lo que es lo mismo, el 95% de los jóvenes no las ha cometido nunca. No se puede definir a la juventud en su totalidad por los actos de unos pocos.

Por último, las cifra constatadas en esta investigación regional prácticamente coinciden con las cifras de otro trabajo nacional que hemos realizado (Rechea, Barberet, Montañés y Arroyo, b; Montañés, Barberet, Rechea, 1996) y con los que se han llevado a cabo conjuntamente y con la misma metodología en todos los países occidentales (Barberet, Rechea, Montañés, 1994). Lo que demuestra que los jóvenes de Castilla-La Mancha no difieren en su comportamiento de los comportamientos de los jóvenes de otras partes de España o del mundo. Probablemente la coincidencia nos esté indicando que los comportamientos adolescentes actuales no dependen tanto del contexto regional concreto, y sí más de una cultura juvenil propia de la generación de finales del siglo XX.

Y termino con dos precisiones: 1) El tema no va para examen; 2) Creo que hay que tener fe en nuestros jóvenes, el ejemplo más claro de que se puede tener confianza en ellos son estos alumnos que hoy terminan sus estudios y se convierten en nuevos profesores. Mis más sinceras felicitaciones otra vez para ellos.

Muchas gracias por su atención.

BIBLIOGRAFÍA

- BALTES, P. B., REESE, H. W. y NESSELROADE, J. R. (1981): *Métodos de investigación en psicología evolutiva: Enfoque del ciclo vital*. Morata, Madrid.
- BARBERET, R., RECHEA, C. y MONTAÑÉS, J. (1994): Self-reported juvenile delinquency in Spain. En J. Jünger-Tas, G. Terlow y M. Klein (Eds): *Delinquent behavior among young people in the western world*. Kugler. New York/Amsterdam.
- EISENBERG, N. (1982): *The development of prosocial behavior*. Nueva York. Academic Press.
- EL PAÍS. Editorial 17-05-1996.
- EL PAÍS SEMANAL. Nº 242, 08-10-1995. Retrato adolescente, pp. 18-34.

- ELLIOT, D. S., HUIZINGA, D., MORSE, B. (1986): Self-reported violent offending. *Journal of interpersonal violence* 1 472-514.
- ERIKSON, E. H. (1980): *Identidad, juventud y crisis*. Madrid. Taurus.
- FIERRO, A. (1990): Desarrollo de la personalidad en la adolescencia. J. Palacios, A. Marchesi y C. Coll (Coord) *Desarrollo psicológico y educación. I Psicología evolutiva*, Alianza. Madrid.
- HORN, J. L. y DONALSON, G. (1976): «On the myth of intellectual decline in adulthood» en *American Psychologist*, 31, 701-719.
- HIRSCHI, T. (1969): *Causes of delinquency*. University of California Press. Berkeley.
- KOHLBERG, L. (1982): Estadios morales y moralización: el enfoque cognitivo. *Infancia y aprendizaje* 18, 33-51.
- LUTTE, G. (1991): *Liberar la adolescencia. La psicología de los jóvenes de hoy*. Herder. Barcelona.
- MONTAÑÉS, J., BLANC, P. y SORIANO, P. (1995): Adolescencia. En J. M. Latorre (Coord.): *Ciencias psicosociales aplicadas* (vol. I., pp. 467-481). Síntesis. Madrid.
- MONTAÑÉS, J., RECHEA, C. y BARBERET, R. (1996): Self-reported delinquency in Spain and Castilla-La Mancha: a comparison of national and subnational samples. En S. Redondo, V. Garrido, J. Pérez y R. Barberet (Eds) *Advances in psychology and law: international contributions*. De Gruyter. Berlín.
- MONTAÑÉS, J., RECHEA, C. y BARBERET, R. (1996): Comportamientos problemáticos de los adolescentes en Castilla-La Mancha. *Añil. Cuadernos de Castilla-La Mancha* 8, 19-23.
- PLAN NACIONAL SOBRE DROGAS. Memoria 1994. Mº Justicia e Interior. Madrid.
- RECHEA, C., BARBERET, R., MONTAÑÉS, J. y ARROYO, L. (1995a): *Adolescencia ¿Un sarampión?*, Universidad de Castilla-La Mancha y Consejería de Bienestar Social de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Cuenca.
- RECHEA, C., BARBERET, R., MONTAÑÉS, J. y ARROYO, L. (1995b): *La delincuencia juvenil en España*. Mº de Justicia e Interior y Universidad de Castilla-La Mancha. Madrid.
- STERNBERG, R. J. (1994): *La sabiduría. Su naturaleza, orígenes y desarrollo*. Desclée de Brouwer. Bilbao.
- TITTLE, C. R., VILLEMEZ, W. J. y SMITH, D.A. (1978): The myth of social class and criminality: an empirical assessment of empirical evidence. *American Sociological Review* 43, 505-518.